

WALTER HANISCH ESPÍNDOLA

LACUNZA O EL TEMBLOR
APOCALÍPTICO

El P. Manuel Lacunza Díaz, S.J., escribió un libro¹, cuya historia es apasionante. Manuscritos, ediciones, resúmenes, traducciones, influjos participan en un debate que ya va a cumplir dos siglos, y que se presenta fresco y joven como signo de división y polémica, que enciende los ánimos entre la ortodoxia y heterodoxia, por lo que la doctrina tiene algo de esotérica, como la de algunos filósofos en la Grecia antigua.

Estas actitudes piden una explicación de esa misteriosa enseñanza, que por ser profética no resulta clara ni mucho menos en la explicación del futuro de la religión y de la humanidad. Muchos preguntan por el contenido de la obra² y de la futura realidad y de sus límites, porque para algunos es un brevísimo esbozo optimista y para otros un horizonte nocturno de tempestad cruzado de rayos, truenos y relámpagos entre el ruido sordo de la destrucción final.

Son muchas las preguntas que se pueden hacer en torno a Lacunza: ¿Qué diferencia hay entre milenarismo y lacunicismo? ¿Hay uno o muchos milenarismos?³ ¿Tiene Lacunza un pensamiento moderno?

¹ *La venida del Mesías en gloria y majestad*. Observaciones de Juan Josafat Ben-Ezra... Londres, 1826, tres tomos.

² El fin de este trabajo es dar a conocer el contenido de la obra, con la mayor brevedad posible, para satisfacer esta curiosidad.

³ Barsotti, Divo, *El Apocalipsis, una respuesta al tiempo*, Salamanca, 1967, resume así este punto: "El Milenarismo. Por otra parte, ¿quién podrá conocer de veras el pensamiento del autor inspirado mejor que sus primeros comentadores? Ellos vivieron más de cerca las circunstancias temporales en las que se escribió el libro, respiraron la misma atmósfera que respiró San Juan, estuvieron sometidos a las mismas influencias: los mayores exponentes del pensamiento cristiano del siglo II fueron milenaristas convencidos. No solamente Papías, que como es sabido no tenía mucha inteligencia y que a veces entendía las cosas al revés, aunque tenga gran importancia como testigo de las palabras del Señor y de las enseñanzas apostólicas, sino también San Justino, el más sabio de todos los apologetas, es igualmente un milenarista convencido, como asimismo, y más que todos los demás, San

¿Cuáles son sus inquietudes científicas? ¿Cómo repercute en él la historia de su tiempo? ¿Qué influjo tienen en él el pensamiento y las ideas de su tiempo? ⁴.

En otra perspectiva se puede analizar su plan, su modo de ordenar la materia, su método y sus características particulares ⁵.

EL TIEMPO INTERMEDIO

Lacunza divide su obra en tres partes, en cierto modo concéntricas, en las cuales va procediendo ordenadamente por pasos. El primero es dar un esbozo de su sistema, en contraposición al sistema tradicional.

El esbozo es sólo una hipótesis de trabajo, que pronto da por probada. Esta primera parte es de sólo líneas generales, precedidas de un estudio previo sobre el sentido de las Sagradas Escrituras, en que se declara por el sentido literal ⁶. Luego habla del valor de la tradición ⁷ en la interpretación de la Sagrada Escritura, distinguiendo entre los artículos de la fe y las conjeturas discutibles. El sistema ordinario hace consistir el fin de los tiempos en la simultaneidad de la resurrección y del juicio final. A esto contraponen Lacunza su sistema, que consiste en la venida de Jesús, pero es mejor oír a Lacunza: "Sistema General: Jesucristo volverá del cielo a la tierra, cuando llegue su tiempo, cuando lleguen aquellos tiempos y momentos, que puso el Padre en su propio poder. Vendrá acompañado no solamente de sus ángeles, sino también de sus santos ya resucitados: de aquellos, digo, que serán juzgados dig-

Ireneo, el mayor doctor de la primitiva Iglesia. Estos tres nombres bastarían para dejarnos perplejos. Por otro lado tampoco se puede negar que el milenarismo no ha sido nunca combatido completamente en la Iglesia. Ha vuelto a florecer continuamente bajo nuevas formas. La Iglesia ha condenado las formas diversas bajo las que se ha presentado, pero el hecho de que se le iba condenando al paso que se iba presentando con nuevos aspectos, no quiere decir que sea imposible la enseñanza de un milenarismo que sea verdaderamente ortodoxo".

⁴ Hay ciertos atisbos de modernidad dichos de paso, sobre todo en la tercera parte: conocimientos astronómicos, los cielos de los antiguos, los mundos habitados, el fuego eléctrico por frotación, la cristalización por el fuego. Además se puede añadir la paz universal que interesaría, entre otros, a Manuel Kant, etc.

⁵ El plan y el método son teológicos y los argumentos se presentan como tesis (una afirmación y sus pruebas bíblicas). Un desarrollo histórico habría ayudado a la claridad.

⁶ Cuando se ve apurado recurre al sentido gramatical o a los géneros literarios.

⁷ La tradición en la Biblia está condicionada a su sistema. Todo lo que no cabe en él, no se ha cumplido o el sentido es distinto, en fin, no es verdad.

nos de aquel siglo y de la resurrección de los muertos. He aquí, vino el Señor entre millares de sus santos⁸. Vendrá no tan de prisa, sino más despacio de lo que se piensa. Vendrá a juzgar no solamente a los muertos, sino también y en primer lugar a los vivos. Por consiguiente, este juicio de vivos y muertos no puede ser uno solo, sino dos juicios diversísimos, no solamente en la sustancia y el modo, sino también en el tiempo. De donde se concluye (y esto es lo principal a que debe atenderse) que debe haber un espacio de tiempo bien considerable entre la venida del Señor que esperamos, y el juicio de los muertos o resurrección universal”.

Este es el sistema, dice Lacunza, y si se le concede el espacio de tiempo que pide, entre la venida del Señor y la resurrección universal, con esto sólo se entienden y explican fácilmente todas las profecías. Cree que este sistema tiene semejanza, si no identidad, con el sistema de los milenarios o chiliastas. A pesar de lo que dice, el miedo que tiene no es otro que ser acusado de milenario y, por esto, condenado como el hereje Cerinto y otros. Esta dificultad la resuelve distinguiendo tres clases de partidarios: los herejes, los judaizantes y los ortodoxos, que nunca han sido condenados⁹, y se queda con estos últimos. La segunda dificultad es que pone la venida del Señor en gloria y majestad mucho tiempo antes de la resurrección universal, y afirma que vendrá con sus millares de Santos ya resucitados. Para esto se deben admitir dos resurrecciones: una de los santos que vienen con Cristo; otra, mucho después, de todo el resto de los hombres. Las dificultades que proceden del Apocalipsis (20, 1-7), se disipan mostrando que trata sólo de la primera resurrección y de los mil años. San Pablo, en la carta primera a los Tesalonicenses (4, 12-17), habla claramente de la doble resurrección. San Pablo, en la primera carta a los Corintios (15, 23-26), pone la primera resurrección: “las primicias Cristo; después los que son de Cristo, que creyeron en su advenimiento. Luego será el fin”. Primero resucita Cristo, después los suyos que creyeron en su venida, y “luego será el fin” es la segunda resurrección. Así cesa la dificultad. Compara en seguida este texto con el Apocalipsis (20) y dice que son iguales, aunque más claro el Apocalipsis. Cita de nuevo la primera carta a los Corintios, pero más adelante (15, 51-52), y re-

⁸ Las citas bíblicas llevan entre paréntesis la ubicación en el texto sagrado.

⁹ Teme que la Iglesia condene su “sistema”, por eso divide los milenaristas en herejes (materialistas), judaizantes (reino mesiánico temporal) y ortodoxos (con el que está a salvo).

fiere este texto a la resurrección final de todos, buenos y malos, sólo que buenos y malos resucitan "incorruptibles"¹⁰.

Termina diciendo que le quedan más "instrumentos"¹¹ (palabra con que designa a los "argumentos"), de los cuales 11 son nuevos, pero los explica a toda velocidad.

Sobre el doble juicio de vivos y muertos empieza descalificando el argumento tomado del Símbolo de San Atanasio por lo que dice de la unión hipostática: "Porque así como el alma racional y la carne es un solo hombre, así Dios y Hombre es un solo Cristo". (Y explica cuán impropia es esta comparación). Con esto se libra de la dificultad de las palabras siguientes que dicen: "Y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. A cuya venida todos los hombres han de resucitar con sus mismos cuerpos, y han de dar cuenta de sus acciones", pues queda clara la única resurrección.

Otra objeción resulta del Evangelio de San Mateo (25, 31-34), donde se narra el juicio universal, porque dice el texto que "juntará a todas las gentes" y se hará el juicio. Se destruye así el tiempo intermedio. Lacunza replica que no, porque se trata de una parábola, porque hay otras dos en el mismo capítulo: la de las 10 vírgenes y la de los talentos¹².

La última dificultad la toma de la segunda Carta de San Pedro (3, 10): "Vendrá, pues, como ladrón el día del Señor, en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu y los elementos con el calor serán deshechos, y la tierra y todas las obras que hay en ella serán abrasadas"; la objeción sale de que el juicio de los vivos será imposible, si todo es abrasado. Responde nuestro autor que es una de las cosas que pasarán el día del Señor, pero que en la Biblia "día" significa época, tiempo, etc. Y sobre el fuego del día del Señor dice que lo acompañará a su llegada, pero que no es un fuego universal, sino sólo contra sus enemigos¹³.

¹⁰ En este punto podría terminar su tratado si se admiten: a) el tiempo intermedio entre la segunda venida del Mesías y el juicio final; b) las dos resurrecciones, y c) el reino milenarío durante el tiempo intermedio.

¹¹ Con los instrumentos, que es el nombre que da a los argumentos, alarga su demostración, incluyendo todas las profecías bíblicas, a título de que no se han cumplido todavía en su totalidad.

¹² El juicio final está presentado en San Mateo (c. 25) como una parábola. Razón: porque hay dos parábolas más en el mismo capítulo.

¹³ Reduce la extensión total del fuego, de que habla San Pedro, porque hace imposible el juicio de los vivos.

Un rasgo que puede llamar la atención es la importancia que da a acumular más objeciones que argumentos, pero este rasgo es típico en las obras teológicas que se conservan manuscritas, hechas en aquel tiempo como apuntes de clase. También hay que advertir que la materia parece dispersarse un tanto, porque usa un tratamiento de tesis: sienta una proposición y luego busca argumentos para probarla. Por eso el esquema universal o la narrativa del tratamiento tiende a esfumarse en el continuo análisis de los detalles¹⁴. Aunque considera que el Apocalipsis es la clave de las profecías, usa en su texto toda la Biblia continuamente, recogiendo profecías de todas partes.

LAS NUBES

La segunda parte de la obra tiene como título: *Parte segunda que comprende la observación de algunos fenómenos particulares sobre la profecía de Daniel y venida del Anticristo*¹⁵. En la primera parte quitó los principales embarazos; en la segunda es tiempo de empezar a observar "muchos fenómenos grandes y admirables, que o se ocultaban del todo entre las nubes o sólo se divisaban confusamente". Pide mirarlos y remirarlos, examinar a cada uno en particular, combinar unos con otros y contemplar todo el conjunto: "esto es lo que ahora deseamos hacer". Recuerda la descripción de su sistema (Parte I, capítulo IV, número 54) y pide que se tenga presente el sistema común de los doctores, porque el método de trabajo es comparar ambos sistemas, para descubrir la verdad y el fruto de la misma verdad¹⁶.

Los fenómenos son 10, pero hay dos que son antifenómenos, el VI y el VII, y quedan ocho; pero en el fenómeno décimo dice que hay muchos fenómenos y que tenía observados hasta 24¹⁷, pero como se ha extendido demasiado deja los demás, que cada uno puede observar por sí mismo. Jerusalén es historia y profecía, y la deja para la tercera parte.

¹⁴ El tratado se hace muy árido por la serie de tesis yuxtapuestas que añaden detalles.

¹⁵ El título de la segunda parte abarca menos que la materia tratada. Nunca las divisiones son perfectas.

¹⁶ El método consiste en observar los fenómenos ocultos entre las nubes o vistos confusamente, y comparar ambos sistemas (el de Lacunza y el tradicional) para elegir el mejor.

¹⁷ Los fenómenos son ocho, y los 24 que añade ni siquiera los enumera o trata.

La lista de los fenómenos tratados es la siguiente: 1. Estatua metálica de Daniel; 2. Las cuatro bestias de Daniel; 3. El Anticristo; 4. Fin del Anticristo y advenimiento glorioso de Cristo y principio del Reino Milenario; 5. Los judíos: conversión y regreso a Palestina; 6. La Iglesia Cristiana; 7. Babilonia y sus cautivos, 8. La Mujer-Iglesia; 9. Tabernáculo de David, y 10. El Montesión¹⁸.

Estos fenómenos, incluidos en la numeración los antifenómenos, que Lacunza no separa de los títulos ni de la numeración, son sucesos del tiempo intermedio y de la segunda venida de Cristo, aunque su enlace histórico exceda al tiempo de la segunda venida y del milenio.

Aunque Lacunza cree que las nebulosidades o nubes que rodean estos fenómenos están disipadas en esta segunda parte con sus explicaciones, adolecen de cierta oscuridad, que él mismo reconoce.

Primer fenómeno: La estatua metálica de Daniel. Su asunto está tomado del capítulo II de la Profecía de Daniel. La estatua tiene cuatro metales: oro, plata, bronce y hierro, y es destruida por una piedra que se desprende de un monte, da contra la estatua y la hace polvo. La interpretación común o tradicional identifica los metales con Babilonia, con los medos y los persas, con los griegos y con los romanos. Lacunza en esto se aparta de ella y sigue al rabino Aben Ezra. El oro es Nabucodonosor junto con los medos y los persas. La plata son los griegos con Alejandro Magno y sus sucesores (el helenismo); el bronce son los romanos y los muslos de bronce representan los imperios de oriente y occidente. El cuarto reino son los bárbaros, a los que aplica los siguientes distintivos: de hierro, divididos, en parte firme y en parte quebradizos, que se mezclarán por parentelas, mas no se unirán el uno con el otro. La piedra desprendida del monte para Lacunza es Jesucristo, que vino dos veces y que lo que no hizo la primera vez, lo hace la segunda. Niega que la Iglesia presente sea el reino de que habla Daniel (2, 44): "Mas en los días de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, y este reino no pasará a otro pueblo: sino que quebrantará y acabará todos estos reinos; y el mismo subsistirá para siempre" (Daniel 2, 44). Lo asocia al texto de la piedra: "La piedra que había herido la estatua, se hizo un monte grande, e hinchó toda la tierra". Y aquí aplica las palabras de San Pablo: "Es necesario que El reine, hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies" (I Cor. 15, 25). Con estas palabras da por probado que ha empezado "el juicio de los vivos"¹⁹.

¹⁸ La enumeración resulta francamente heterogénea.

¹⁹ Se separa de las interpretaciones tradicionales tanto en este como en otros casos, y con frecuencia.

Segundo fenómeno: La visión de las cuatro bestias. Esta visión se halla en el capítulo séptimo de la profecía de Daniel. Los intérpretes se inclinaron a identificar las bestias con la estatua y sus reinos, porque dice Daniel (7, 17): "Esas cuatro bestias, las cuatro, son cuatro reyes que se alzarán en la tierra". Lacunza prefiere identificar las bestias con las religiones: la leona alada es la idolatría. El oso es el mahometismo, y sus tres órdenes de dientes son la ficción con que engañó a sus primeros seguidores; la espada para vencer toda dificultad (¿la guerra santa?), y para sobrevivir era necesaria la licencia sin límites en todo lo que toca a los sentidos. El leopardo es el falso cristianismo, que tiene cuatro cabezas, que son la herejía, el cisma, la hipocresía y las obras de la carne: fe muerta, falta de caridad, concupiscencia y soberbia. La cuarta bestia, terrible y admirable, no semejante a las otras, es la religión natural, el deísmo o anticristianismo. Describe al dios del deísmo sin providencia, sin justicia y sin santidad. Para dominarla se pusieron sillars y jueces y fue condenada: "Que la cuarta bestia y todo lo que en ella se comprende muriese con muerte violenta, sin remedio ni apelación; que su cuerpo (no ciertamente físico, sino moral, compuesto de innumerables individuos) fuese todo entregado a las llamas". Entonces vio venir sobre las nubes del cielo una persona, que parecía Hijo de Hombre, avanzó al trono de Dios y recibió de mano de Dios el poder, el honor y el reino²⁰.

Tercer fenómeno: el Anticristo. Lo primero que trata de averiguar es la noticia que hasta el presente se tiene del Anticristo; examina el fundamento de las noticias que tenemos: el origen, la patria, el principio, que será recibido por los judíos como verdadero Mesías, razón por la cual pasará su capital de Jerusalén a Babilonia, y finalmente trata de la monarquía universal del Anticristo. Lacunza, tan parco en citar autores, cita tres que han escrito sobre el Anticristo: Tomás Malvenda, Leonardo Lessio y Agustín Calmet. Frente a la interpretación tradicional del Anticristo, él propone otra. Dice que ningún cristiano puede dudar de que habrá un Anticristo, que se manifestará en los últimos tiempos, que hará en el mundo los mayores males, haciendo guerra formal a Cristo y a todo lo suyo. Sin embargo, qué se ha de entender por Anticristo, qué males ha de hacer y con qué medios son cosas que no están tan claras en las Escrituras. Lo primero que establece

²⁰ Al decir que la cuarta bestia es la religión natural y el deísmo (que son formas religiosas del racionalismo y la ilustración) se acerca mucho a los tiempos modernos.

Lacunza es que el Anticristo es un cuerpo moral y no un individuo singular.

Las ideas que da la Biblia del Anticristo las explica largamente, hasta el punto de exclamar: "Cansado me tiene el Anticristo y todavía no he concluido". Después de haber afirmado que "ningún cristiano puede dudar de que habrá un Anticristo", resulta que esta palabra aparece sólo cuatro veces en las Escrituras²¹, en las epístolas de San Juan: "Anticristo es el que niega al Padre y al Hijo" (1 Juan 2, 22), "el que divide a Jesús, es el Anticristo" (1 Juan 4, 3), "el que no confiesa que Cristo ha venido en carne, éste es el Anticristo" (2 Juan 7), "es la hora postrera... está por llegar el Anticristo... muchos se han hecho anticristos" (1 Juan 2, 18). No se encuentra en otra parte. El último texto de San Juan: "Hijitos, ésta es la hora postrera, y como habéis oído que está para llegar el Anticristo, os digo que ahora muchos se han hecho anticristos, por lo cual conocemos que ésta es la hora postrera" (1 Juan 2, 18). Las alusiones a la hora postrera pueden inducir a creer que la inminencia del Anticristo tendrá lugar entonces. Lacunza se embarca en varias explicaciones para determinar el Anticristo en los últimos tiempos, las cuales consisten en identificarlo con otras profecías, pero unas descarta y otras acepta: bestia de siete cabezas y diez cuernos (Apocalipsis 13); bestia de dos cuernos (Apoc., 13, 11-18) es el seudoprofeta del Anticristo: la identifica con el sacerdocio cristiano y no le extraña, porque el sacerdocio hebreo también fue culpable. Esta bestia tiene nombre y número de nombre, que es 666, que dice significar "reniego", sinónimo de dividir a Jesús. La mujer sobre la bestia: alianza entre Roma y el Anticristo. Las siete cabezas son las siete colinas sobre las que la mujer se sienta.

La mayor dificultad contra su sistema del Anticristo, sistema que afirma que es persona moral o cuerpo moral compuesto de muchos individuos²², la toma de la segunda carta a los Tesalonicenses, capítulo 2, y la resuelve en favor del sistema de la persona moral.

Cuarto fenómeno es el fin del Anticristo y advenimiento glorioso de Cristo. El fin del Anticristo es el resultado del advenimiento glorioso de Cristo (y no de San Miguel, como sostienen muchos intérpretes). Esta venida de Cristo coincide con el fin del Anticristo, sin mediar espacio de tiempo entre ambos sucesos. Funda su afirmación en

²¹ Dados los fundamentos tan poco claros del Anticristo y ver que lo deduce por comparaciones, induce a dudar de su existencia e importancia.

²² Una de las críticas que se ha hecho a Lacunza es decir que el Anticristo es una persona moral.

el Apocalipsis, capítulo XIX, versículos 11-21, que parafrasea explicándolo: "Y vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco: y el que estaba sentado sobre él, era llamado fiel y veraz, el cual con justicia juzga y pelea. Y sus ojos eran como llama de fuego, y en su cabeza muchas coronas, y tenía su nombre escrito, que ninguno ha conocido, sino él mismo. Y vestía una ropa teñida en sangre: y su nombre es llamado Verbo de Dios. Y le seguían las huestes que hay en el cielo, en caballos blancos, vestidos todos de lino finísimo, blanco y limpio. Y salía de su boca una espada de dos filos para herir con ella a las gentes, y él mismo las regirá con vara de hierro, y él pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios Todopoderoso. Y tiene en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de Reyes y Señor de Señores. Y vi un ángel que estaba en el sol, y clamó en voz alta diciendo a todas las aves, que volaban por medio del cielo: Venid y congregáos a la gran cena de Dios: para comer carnes de reyes y carnes de tribunos, y carnes de poderosos y carnes de caballos y de los que en ellos cabalgan, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes. Y vi la bestia y los reyes de la tierra, y las huestes de ellos congregadas para pelear con el que estaba sentado en el caballo y con su hueste. Y fue presa la bestia, y con ella el falso profeta: que hizo en su presencia las señales con que había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y adoraron su imagen. Y estos dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego ardiendo y azufre; y los otros murieron por la espada, que sale de la boca del que estaba sentado sobre el caballo; y se hartaron todas las aves de las carnes de ellos".

Los intérpretes de la Sagrada Escritura admiten un espacio de tiempo después del Anticristo y en él colocan los siguientes sucesos: conversión de los judíos, descubrimiento del Arca de la Alianza, el tabernáculo y el altar del incienso que escondió Jeremías en el monte Nevo (II Macabeos 2), repartición de la tierra prometida entre los hijos de Israel (Ezequiel, cap. 48) y expedición de Gog (Ezequiel cc. 38-40). Lacunza niega este espacio de tiempo, fundado en textos de la Escritura y por sus malas consecuencias. Establece también que el que viene es Cristo y no San Miguel, como dicen los intérpretes basados en Daniel 12,1.

El fenómeno quinto se refiere a los judíos, que comúnmente se ven despreciados y excluidos y no es así, sino que tienen un gran papel que desempeñar. Hay que considerar a los judíos: antes del Mesías, después de la muerte de Cristo y en el futuro. En cada uno de estos tres estados se pueden considerar cuatro aspectos. Antes del Mesías eran dueños de la tierra, pueblo único de Dios, esposa legítima

de Dios, en posesión de una vida mejor que la natural. Después de la muerte de Cristo: desterrados de su patria, privados de su dignidad de hijos de Dios, esposa infiel, privados de aquella vida mejor. Estos estados no interesan, sino el tercero o futuro: en que Dios los recoge de entre los pueblos, les restituye su dignidad de Hijos de Dios, vuelve a ser la esposa amada de Dios y son resucitados a nueva vida (o "como" resucitados a nueva vida).

Analiza estos tres estados en sus cuatro aspectos a la luz de las Divinas Letras, especialmente el tercero, con copiosas alusiones a las profecías²³.

Con la impaciencia que lo caracteriza, Lacunza termina el fenómeno quinto sobre los judíos, con estas palabras: "No puedo detenerme más en este punto particular, porque me llaman con gran instancia muchos otros, de igual o mayor importancia, que tienen con éste una gran relación, y que por consiguiente deben aclararlo y fortificarlo más. Todos ellos pertenecen y se encaminan a un mismo asunto principal: esto es a la consumación del gran misterio de Dios, que encierran en sí las Santas Escrituras, o a la revelación de Nuestro Señor Jesucristo, o a su venida en gloria y majestad, que todos creemos y esperamos".

Los fenómenos sexto y séptimo son la Iglesia Cristiana y Babilonia y sus cautivos; a pesar de llevar este nombre son "antifenómenos": velos, nubes²⁴, impedimentos para observar los verdaderos fenómenos. Dice que son dos fortalezas, las llama enemigas, y que con ellas luchó en el fenómeno quinto. En el fondo la actitud de Lacunza es crítica con la Iglesia y con la cautividad de Babilonia por razón de los judíos. Va comparando la Iglesia Cristiana y el Pueblo Judío. La iglesia es apostólica, romana y universal, no excluye a los judíos. Es activa y pasiva; la activa es el sacerdocio. Los judíos no perdieron el ingreso a la Iglesia, sino que se les quitó el reino activo. "La santa y venerable Iglesia cristiana en boca y pluma de los doctores cristianos tiene mucho de sofisma, a veces, en ciertos puntos particulares; éstos son las cosas favorables que dice la Biblia que se refieren a los judíos y los contrarios; se aplican mal porque todos los favorables se aplican a la Iglesia y los contrarios a los judíos". Y se queja de esta manera de

²³ Es notable el énfasis judaico de Lacunza, aunque lo suaviza hacia el final de su obra.

²⁴ Los antifenómenos son "nubes o fortalezas" que impiden ver lo que favorece a los judíos, atribuyéndolo a la iglesia. El llamar a los fenómenos y antifenómenos "nubes" confunde un poco al lector.

pensar. Los judíos al fin del mundo se convertirán y entrarán en la Iglesia cristiana presente, cuya parte activa está actualmente en los gentiles. Acepta que es así, ¿pero no habrá un cambio? Para explicarlo propone cinco puntos previos: Jesús fundó la Iglesia en Jerusalén y con judíos, dio a los apóstoles la parte activa: autoridad, jurisdicción y poder espiritual. Si hubiera querido habría podido dejar la sede apostólica para siempre en Jerusalén y en poder de los judíos. Si así lo hubiera hecho la Iglesia habría sido tan católica y universal como ahora. A estas cuatro verdades se agrega la última: los judíos, por haber crucificado a Cristo, por no haber creído a los apóstoles y haberse obstinado en la incredulidad, por la oposición a la predicación del Evangelio, etc., se vieron "privados del reino, que se dio a un pueblo que diera fruto", y Dios pasó el centro de la Iglesia a Roma, dio a Pedro sucesores gentiles, y para alejar toda disputa envió ejércitos, destruyó la ciudad y el templo con Vespasiano, Tito y finalmente Adriano. Se pregunta si lo quitado podrá volver a Jerusalén. La respuesta la toma de San Pablo, carta a los Romanos, capítulo 11: la reprobación de los judíos no es total, pero advierte que si las ramas naturales fueron desgajadas y tú por la fe estás en pie, teme, porque si Dios no perdonó las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Explica también el "Venga a nosotros tu Reino" y dice que no ha venido hasta ahora y por eso pedimos que venga.

El fenómeno séptimo, que es antifenómeno, trata de Babilonia y los cautivos; pero invierte el orden y primero habla de los cautivos y después de Babilonia. A los cautivos se les hacen grandes promesas, a Babilonia grandes amenazas.

La cautividad de los judíos históricamente se verificó en tiempo de Salmanasar, que llevó cautivos a los israelitas y puso colonos en sus tierras, y vinieron después los dos cautiverios de Nabucodonosor. El regreso de los judíos fue en tiempo de Ciro, que envió a Zorobabel a reedificar el templo y sus compañeros pertenecían a las tribus de Judá y Benjamín. Sesenta años después Esdras regresó con 600 personas y 13 años más tarde Nehemías volvió para reedificar la ciudad de Jerusalén. En estas tres partidas volvieron 42 mil 600 personas, lo que no es nada si en tiempo de Josafat eran un millón 700 mil. Regresaron de Babilonia, pero no quedaron libres. A Judá pudieron volver, porque Nabucodonosor no llevó colonos. Los de Israel no volvieron nunca. Terminado el reino de los caldeos y de los persas vinieron los griegos, que gobernaron, y Antíoco se tomó Jerusalén. Cuando vino Jesús no los liberó de los romanos que habían sucedido a los griegos, y con la destrucción de Jerusalén creció la cautividad. Confronta estas

noticias con las profecías y concluye que no volvieron los judíos de la cautividad. Pone en seguida todas las profecías imaginables, y demuestra que no se han cumplido pero que se cumplirán.

Esto es, brevemente, lo que dice de los cautivos. Cuando calcula los que deben volver incluye los cautivos y sus descendientes, con lo que el número crece hasta el infinito.

Este fenómeno séptimo de Babilonia y sus cautivos tiene dos partes. Al analizar las amenazas contra Babilonia dice que hay que advertir que Babilonia es más general que particular; que históricamente nunca fue destruida, que es un misterio mayor. Usa también la palabra parábola, porque la trae Isaías (14, 3-5), donde habla de la "parábola contra el rey de Babilonia".

En elegante metáfora dice que hay dos llaves para abrir las puertas de la profecía contra Babilonia. La primera llave la tiene San Pedro, que en su primera carta (5, 13) llama Babilonia a Roma, y añade que no fue por temor ni precaución. La segunda llave la tiene San Juan, que en el Apocalipsis profetiza contra Babilonia en los capítulos 16, 17, 18, 19. Habla de la ciudad de las siete colinas (Apoc. 17, 5 y 9). La Babilonia de los profetas no puede limitarse a la Babilonia antigua, una ciudad individual. Babilonia persevera de modos diversos. En la mujer sobre la bestia alude a Roma (fenómeno tercero, párrafo 14). Babilonia no existe, no se han verificado las profecías contra ella y no se ha acabado el mundo. De ahí que debe perseverar en modos diversos.

En conclusión, la Iglesia Cristiana y Babilonia y sus cautivos son dos fortalezas aparentes, que no infunden pavor.

Los judíos no entienden las profecías y por eso para ellos no ha venido el Mesías: los doctores cristianos no las entienden con su "sistema". Y, así, de las profecías a ambos les falta la mitad: los judíos si aceptan la primera venida tienen la mitad que les falta y los doctores cristianos, si creen en la segunda venida del Señor (con el sistema de Lacunza y no con el de ellos), tienen la otra mitad que les falta.

El fenómeno octavo es la mujer vestida de sol. Este fenómeno está en el Apocalipsis, capítulo 12. Aquí elogia el Apocalipsis —"es una profecía admirable enderezada toda a la venida segunda del Mesías"— y es toda o casi toda una continuada alusión a toda la escritura o como un extracto o análisis de ella. Se dan tres interpretaciones a la mujer vestida de sol: la Virgen María, la Iglesia de Cristo pasada y futura, o es metáfora, parábola o semejanza: la mujer es la antigua esposa (abandonada) de Dios o la casa de Jacob y para probarlo examina 18 versículos del capítulo 12 del Apocalipsis.

Contra su costumbre, Lacunza resume este fenómeno al comienzo del fenómeno nueve: "Acabamos de observar la gran señal del capítulo 12 del Apocalipsis, con todos sus misterios. En esta observación hemos visto llamada, iluminada y congregada con grandes piedades a la antigua esposa de Dios, con todas sus reliquias, y conducida a la soledad, después de su parto lleno de peligros y de angustias, sobre dos alas de águila grande, así como sucedió antiguamente en los días de su juventud. Hemos notado de paso en esta observación algunas profecías que se enderezan visiblemente a este suceso: aquellas con especialidad que hablan con alusión expresa y clara a la salida de Egipto, al paso milagroso del Mar Rojo y a la soledad del Monte Sinaí de esta celeberrima mujer. En suma, habiéndola seguido hasta la soledad, al lugar aparejado de Dios, la dejamos ahí retirada y segura de la presencia de la serpiente, libre de toda distracción, y ocupada enteramente en nutrirse de aquel pasto espiritual que Dios le ha preparado, y de que tiene extrema necesidad; para que allí la alimentasen 1.260 días, ocupada en oír la voz de Dios con afectos de penitencia. Todo esto mientras la tierra se abrasa en el fuego o peste que San Pablo llama 'apostasía'. El fin principal de Dios para congregar esta mujer claudicante, que había desechado, se puede saber leyendo el texto de Miqueas (4, 6-7): "Y reinará el Señor con ellos en el Monte Sión". Y hecha la congregación vendrá la potestad primera y el reino de la hija de Jerusalén (Ibid., 4, 8) y con esto anuncia los dos fenómenos siguientes: la restauración del tabernáculo-solio de David y el reino en el Monte Sión, de que habla Miqueas.

El fenómeno noveno es la restauración del tabernáculo o trono de David. Esta idea la toma de Amós (9, 11-12), que cita Santiago en el Concilio de Jerusalén (Hechos 15, 13-21): "Aquel día levantaré la tienda caída de David". Esta cita tiene la finalidad de explicar primero la llamada (o vocación de los gentiles) y segundo sosegar a los judíos celosos, mostrándoles que después del misterio de los gentiles vendría el tiempo de la misericordia. Compara luego la cita de Amós con otras profecías sobre el solio de David (porque Amós habla de una tienda, carpa o tabernáculo y Nácar-Colunga traduce: "tugurio"; solio de David (Isaías 9, 7; Lucas 1,32: trono de David, su padre; Salmo 131, 11 y el profeta Isaías 16, 1). En la conclusión acumula textos proféticos, en que se ve que estas profecías se refieren a la realeza.

El fenómeno décimo es el Monte Sión sobre los montes, que toma de Isaías, capítulo 2, y de Miqueas, capítulo 4.

Dice Isaías (2, 1-4): "Y en los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes y se elevará sobre los collados, y fluirán a él todas las gentes. E irán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos en sus senderos: porque de Sión saldrá la ley y la palabra del Señor de Jerusalén. Y juzgará a las naciones y convencerá a muchos pueblos; y de sus espadas forjarán arados y de sus lanzas hoces: no alzará su espada una nación contra otra, ni se ensayarán más para la guerra".

Pone también el texto de Miqueas (4, 1-4), que es paralelo, y explica las dificultades. En el latín de Isaías dice "fluir" y es hacia arriba, y lo explica con la sangre y la savia, que fluyen hacia arriba. La mayor dificultad es que dice que no habrá guerras, pero de todas las soluciones que ofrece ninguna satisface, porque siempre ha habido guerras. La solución mística de que entre cristianos siempre hay paz tampoco le gusta. Al fin Lacunza, después de rechazar todas las interpretaciones de esta profecía como relativo a la Iglesia presente, afirma que no se ha verificado aún, pero que si se admite el tiempo intermedio, no hay dificultad. Habla la profecía de los que quedaren vivos a la segunda llegada del Señor; por el contexto deduce que ambas profecías se refieren a la segunda venida del Señor.

Resueltas las dificultades, Lacunza dice que lleva tantos "fenómenos", que llegará a 24. Lo dice, pero no lo hace; se limita a decir que tratará en la tercera parte a Jerusalén como profecía, no como historia. Divide las profecías en favorables y desfavorables. Estas se cumplieron, aquéllas, no. Daniel anuncia la destrucción de Jerusalén para siempre "y hasta la consumación y el fin durará la desolación" (9, 26-27), y añade la profecía de Jeremías: "Así quebraré yo a este pueblo y esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero, que no se puede restaurar más". (19, 11). La consumación y fin de Daniel se refieren, según Lacunza, a la consumación y fin del siglo, que es el ornato del mundo, y no el mundo mismo, y compara la duración del siglo (100 años) con la duración de la inmensa máquina del Universo. Y la profecía de Jeremías la interpreta con la destrucción de Jerusalén por Tito, porque no ha sido restaurada.

Termina con la oración de Tobías, en la que encuentra a Jerusalén, ciudad de Dios, destruida y restaurada: "el Señor te castigó por las obras de tus manos. Alaba al Señor en tus bienes y bendice al Dios de los siglos, para que reedifique en ti su tabernáculo, y vuelva a ti todos los cautivos y te goces por todos los siglos de los siglos" (Tobías 13, 11-12). Comenta así: "Si la idea del reino de Cristo aquí

en la tierra y de otra Jerusalén todavía futura es, como quieren, una idea falsa y errónea, la profecía de Tobías es ciertamente la cosa más oscura, la más difícil o la más ininteligible de cuantas puedan imaginarse. Al contrario: si aquella idea es verdadera y justa, como tan conforme a las Escrituras, la profecía se entiende al punto toda entera sin más trabajo que leerla".

La idea del Reino de Cristo aquí en la tierra es "el tiempo intermedio", que es la clave de los profetas, porque todo lo que no ha pasado debe suceder entonces.

Lacunza llama a los argumentos "instrumentos"; a los acontecimientos, o mejor, profecías, que se van a realizar en "el tiempo intermedio" o por lo menos entonces van a completar su significado y adquirir su meridiana claridad, los llama "fenómenos". En el mismo desarrollo de los fenómenos se da cuenta que son más numerosos que lo que él había pensado y quiere explicar otros; pero dice al lector que son tan fáciles que él mismo puede descubrirlos sin mucho trabajo. Sin embargo, los 10 fenómenos resultan ocho, porque hay dos que son "antifenómenos" o fortalezas, que impiden ver con claridad, cómo las nubes impiden la vista del cielo, y éstos son los que llevan los números seis y siete, que son la Iglesia cristiana y Babilonia y sus cautivos. En primer lugar extraña que no haya escrito de nuevo esta parte dando su verdadera colocación a los antifenómenos, fuera de la serie y de los números y con títulos apropiados; pero lo más importante es que aquí centra su obra en el pueblo judío. Pasa el eje de la Biblia, como quien dijera, al Antiguo Testamento con un recurso indudablemente bíblico, las profecías, y esta es la clave de la constante oposición de Lacunza a los intérpretes, porque su sistema exige rectificar a cada paso la interpretación tradicional. Es verdad que Lacunza sólo usa las profecías, y deja todas las demás partes de la Escritura intocadas.

Los fenómenos están tratados como "tesis" y no en forma narrativa o lógica. De ahí que su futura existencia queda explicada en el sistema de Lacunza, pero no se puede saber cómo engarzan en la vida y en la historia. Son tan independientes unos de otros, que los capítulos no enlazan, y aun las partes se conectan con explicaciones muy breves, muchas veces no colocadas en el texto en sus lugares oportunos, sino en cualquier parte, y se da el caso de dar una cita que no se halla en el lugar correspondiente.

Digo esto porque es una de las causas de la oscuridad de la obra y de la dificultad para armonizar un cuerpo de doctrina.

EL REINO

Lacunza comienza la tercera parte de su obra insistiendo en la importancia de establecer un espacio grande de tiempo entre la venida gloriosa del Señor y el juicio o resurrección general: con esto sólo queda fácil y llana la inteligencia de la Biblia.

Una vez admitido este tiempo intermedio parece natural el deseo de acercarse a él, de conocerlo con alguna distinción y claridad, o, a lo menos, divisar, aunque sea de lejos, algunos sucesos principales y más notables del siglo venidero.

Queda ya probado el Reino (que ha de venir) de Cristo en la tierra, su venida gloriosa entre millares de santos, mucho antes de la resurrección general, el juicio o reinado de Cristo sobre los vivos, y el tiempo que requiere este juicio, según las Escrituras. Probadas estas cosas, ahora se trata únicamente del modo y las circunstancias con que esto va a suceder, aunque confiesa Lacunza que no será con toda claridad en el estado presente. Por tratarse de profecías es muy difícil, si no es por autoridad y revelación divina, conocer los sucesos futuros.

En 16 capítulos presenta 11 temas, que son los siguientes: la venida del Señor, la idea del juicio universal, los nuevos cielos y la tierra nueva, la nueva Jerusalén, interpretación profética del Cantar de los Cantares, nueva distribución de la Tierra Santa entre las tribus de Israel, el resto de las naciones es llamado a participar de la felicidad milenaria, descripción de esta felicidad, lo que pasará al fin de los mil años, el estado del universo después del juicio final y la felicidad eterna de los justos. Veamos brevemente cada tema.

1. El día de la venida del Señor, según las Escrituras.

Del día mismo Lacunza ya ha hablado y resume brevemente lo dicho. Indica los nombres que se dan a este día y califica esta venida de verdad esencial, divina y fundamental. Al venir el Señor con gran poder y majestad (Lacunza añade: "Al tocar nuestra atmósfera"²⁵) vendrá la resurrección de los santos, y luego serán arrebatados con Cristo en los aires, en compañía de los grandes santos que haya entonces sobre la tierra. En este punto comenzarán a verificarse en la tierra las cosas horribles, anunciadas para este día, que Isaías (24, 1-23) describe: "He aquí que el Señor desolará la tierra, y la despojará, y aflijirá el aspecto de ella y esparcirá sus moradores". En esta contur-

²⁵ En la tercera parte Lacunza insiste en conocimientos de física y ciencias naturales.

bación perecerá la mayor parte del género humano, y en primer lugar los que siguieron a la cuarta Bestia (Daniel 7) y a las dos Bestias (Apocalipsis 19, 20-21), y quedarán vivos los que pertenecen al verdadero cristianismo. Esta vendimia, con pequeñas excepciones, parece necesaria en la venida de Cristo para evacuar la iniquidad, acabar con el pecado y plantar en ella de nuevo la justicia. Pone la parábola de un rey que regresa a su reino, lo halla en estado deplorable: extermina culpables, premia a sus pocos siervos, y promulga suave y pacíficamente nuevas leyes. De esta manera será el día del Hijo del Hombre de un modo terrible. Concluido este juicio sobre los vivos, la tierra quedará despoblada²⁶. Los pocos residuos, que llama "el resto", alabarán al Señor. En los pocos que quedarán y en su numerosísima descendencia proseguirá por muchos siglos (que San Juan —Apocalipsis 20, 2— llama mil años) el juicio o reino de Cristo sobre los vivos y los viadores, hasta que éstos falten del todo, según veremos a su tiempo, dice Lacunza sin adelantar más.

2. Sobre el juicio de Cristo o idea general del juicio de Cristo, según las Escrituras.

Las palabras rey y juicio significan lo mismo. Los reyes no pueden juzgarlo todo por sí mismos y delegan el poder de juzgar, dando a cada uno una parte determinada y por tiempo determinado. El juicio de Cristo, cuando venga, no puede ser un juicio limitado, sino eterno y permanente como el mismo Cristo. En la primera venida no vino como rey ni tampoco como juez. La primera vez vino como salvador y redentor y la segunda vendrá como juez y expresa los fundamentos escriturísticos.

Aquí afirma que el juicio será con exultación y alegría y para probar esto usa el capítulo XI de Isaías: "Saldrá una vara de la raíz de Jesé y de su raíz subirá una flor". Dice que los doctores judíos estendieron por la vara el poder de Cristo como rey y como juez y la flor es la suavidad, equidad y felicidad de su reinado. Y luego defiende esta interpretación de otras surgidas de la exégesis cristiana.

3. Cielos nuevos y tierra nueva. Esta nueva circunstancia está tomada de tres lugares bíblicos: la segunda carta de San Pedro (3, 13), Isaías (65, 17) y Apocalipsis (21,1).

Con la venida en gloria y majestad del Señor Jesús quedarán destruidos enteramente los cielos y la tierra que ahora son; comenzarán

²⁶ Los cataclismos, las muertes en masa de grandes multitudes dan una impresión pavorosa de una destrucción periódica del género humano.

otros nuevos cielos y otra nueva tierra, donde habitará en adelante la justicia. Los cielos y la tierra perecieron por el agua en tiempo del diluvio y los que ahora son perecerán por el fuego. Hasta el diluvio el mundo había perseverado en el mismo estado físico. Esto explica las vidas tan largas de los patriarcas, que no se explica sino por la óptima disposición de la tierra y de la atmósfera. Con el diluvio se alteró tierra, mar y atmósfera, y este desconcierto dura hasta hoy. La tierra, que era un continente unido, fue ocupada en gran parte con el agua. La atmósfera y el clima cambiaron, pasando de la benignidad al rigor, de la templanza a la intemperie, de la uniformidad quieta y pacífica a la inquietud y mundanza casi continuas. Lo que pasó con el agua pasará por el fuego con los cielos y la tierra que ahora son, y serán cambiados. Esta vez para el bien; en su lugar habrá otros nuevos que excedan en bondad y perfección.

Compara el texto de San Pedro, en su carta segunda (3, 13) con el profeta Isaías (65, 17-25) y cita dos explicaciones de los intérpretes de Isaías (callando sus nombres, según su costumbre).

Vuelve a explicar los cambios obrados por el diluvio. El principal fue la inclinación del eje de la tierra en 23 grados y medio. Dos consecuencias tuvo esto: que se perdió el equilibrio entre lo sólido y lo líquido, que produjo sumo desorden y confusión. La otra fue que la línea equinoccial, que hasta entonces había sido una misma con la eclíptica, se dividiese en dos, de donde resultaron las cuatro estaciones que han sido, son y serán la ruina de la salud del hombre, y como un castigo o pestilencia universal, que ha acortado nuestros días y los ha hecho penosísimos, y aun casi insufribles. En el diluvio el mundo pereció por el agua. Los cielos y la tierra actuales perecerán por el fuego, pero no en lo sustancial, sino que de mal en bien: será restituido el eje de la tierra, desaparecerán las estaciones.

Habla finalmente de los anuncios terribles para el día grande del Señor y los describe. Hasta que terminado finalmente el gran día del Señor y pasada la horrible tempestad, exterminados los impíos y pecadores, unidos la eclíptica y el ecuador, sosegada la atmósfera, aclarado el aire, quieto el mar, debe luego necesariamente aparecer otra nueva tierra, otro nuevo cielo. Concluye, según su costumbre, corrigiendo un error en que había incurrido anteriormente sobre la duración del día grande y horrible de la Venida del Señor.

4. Nueva Jerusalén.

Lacunza habló de Jerusalén en el fenómeno décimo, y dejó este asunto para la tercera parte, y de esta Nueva Jerusalén y ciudad santa

se habla en el Apocalipsis: "y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo" (21,10). Con la llegada y venida del Señor perecen la tierra y el cielo que ahora existen, y en su lugar suceden otra nueva tierra y otro cielo nuevo. Entonces el Rey llega, por algunos días, en la gloria de su Padre, con los ángeles, contra los ancianos y príncipes de su pueblo, para ser glorificado en sus santos. Al Señor lo acompañan los santos que fueron dignos de aquel siglo y de la resurrección de los muertos, que han de ser su "corte" y reino activo del Sumo Rey. Esta "corte" del rey es lo que llama San Juan (Apoc. 21) la ciudad santa y nueva Jerusalén, que baja del cielo, o la esposa que tiene al cordero como esposo.

Trata de resolver los problemas de la ciudad. ¿Es material por los cuerpos de los resucitados? ¿Cuál es el número de sus habitantes? ¿Cuál es su altura? Responde que 144 codos para que los mortales (porque la ciudad desciende a este mundo) no vean lo que pasa dentro de ella. Sus habitantes no están encerrados: entran y salen y llevan consigo su felicidad. Cristo estará en su "corte", y saldrá de ella a voluntad. Se dejará ver cuando y como quiera a los mortales, como lo hizo después de su resurrección ²⁷. Los mortales que quedaron vivos a la venida del Señor serán, según Lacunza, enviados al Rey y sólo les concede la "agilidad" ²⁸, por tener cuerpo no resucitado. En cuanto a los habitantes de la Jerusalén nueva, ¿serán todos de la misma clase? Distingue Lacunza con palabras de Ezequiel (34, 20-22) entre el ganado gordo y el ganado flaco, entre los cristianos que van al cielo, para resolver la diferencia de méritos entre los santos y los que pasan toda la vida sirviendo al mundo y a sus pasiones, y aunque admite que vayan al cielo por la verdadera penitencia, aunque sea a la hora de la muerte, les niega que puedan tener parte en la primera resurrección y en la celestial Jerusalén venida del cielo, que se compone de insignes santos.

5. Interpretación profética del Cantar de los Cantares.

La interpretación profética del Cantar de los Cantares rechaza

²⁷ Dado que la tercera parte explica el modo y circunstancias del Reino propiamente dicho, el ver que Cristo y la ciudad bajada del cielo serán invisibles, y se aparecerán como Jesús después de la resurrección o en el Tabor, da una impresión muy inconsistente al Reino en sí mismo, y desilusiona sobre la parte más importante del Reino Milenario.

²⁸ Agilidad es una de las cuatro dotes de los cuerpos gloriosos, que consiste en la facultad de trasladarse de un lugar a otro instantáneamente, por grande que sea la distancia.

todas las anteriores, tanto las de los místicos, como el epitalamio histórico de Salomón con la hija del Rey de Egipto, etc. Para Lacunza es la mujer vestida de sol, con alas de águila, la que vuela al desierto, la antigua esposa de Dios: preparada, rechazada, vuelta a la gracia de su esposo y a su antigua dignidad. Se basa en que unos guardias no la hirieron (CC. 3,3) y los otros (CC. 5,7) la hirieron, llagaron y le llevaron el manto. Este cántico no es de este siglo, sino del venidero, en el nuevo cielo y nueva tierra, después que el Mesías recibe el Reino.

Y rehúsa seguir contestando. En esta tercera parte muchas veces Lacunza no quiere seguir contestando preguntas.

6. Nueva división de la Tierra Santa entre las 12 tribus de Israel y la Jerusalén, todavía viadora, y su templo.

Una vez celebrado el nuevo desposorio de la mujer solitaria, se cumplirán tres principales promesas, que dice que son fatales al sistema vulgar. Primera promesa: nueva división de la tierra prometida entre las 12 tribus, anunciada por Ezequiel (47, 21 ss.). Es diversa de la primera, porque José tiene dos partes (en la primera tuvieron partes sus hijos, pero no él; y Levi tiene dos partes, y no tuvo ninguna la vez primera).

La Jerusalén no es la bajada del cielo, que trae San Juan; es la de Ezequiel (capítulos 40 al 48), la de los profetas, de David y de Isaías (capítulos 40-42). La compara con la de San Juan y con la antigua. Como se le prescriben sacrificios, habla del templo, que describe Ezequiel (capítulo 40 adelante). El punto básico es el de los sacrificios antiguos, porque fueron reemplazados por el de la Cruz. Se pregunta si están prohibidos ahora, si lo estarán entonces y hace otras conjeturas. Se contenta con decir que los apóstoles iban al templo y oraban durante los años que precedieron a la destrucción.

7. El residuo de las gentes llamado a participar de la era milenaria.

El sistema vulgar dice que estas profecías están cumplidas; pero falta mucho, a pesar de lo que se ha verificado en 18 siglos. Cita los salmos 21, 71, 85, Isaías, Daniel, Zacarías, etc. Este tiempo feliz de fe y justicia universal lo confiesan muchos doctores. ¿Dónde se coloca? Sólo en el tiempo intermedio. Dice que hay seis consecuencias legítimas que han de suceder antes de la llegada del Señor: se habrán verificado todas las profecías; convertido todos los pueblos; toda la tierra llena del conocimiento del Señor; todos cristianos excelentes; un tiempo en que todos hayan obedecido a Cristo y que no habrá nada malo. Trata de concordar toda la perfección con la cizaña. Los del sistema

hallan contradicción pero si lo dice la Biblia se debe aceptar. Después de la vendimia quedará el "resto" de las naciones; será evangelizado por los ángeles y santos ya resucitados. Con autoridad de Cristo serán obispos, pastores, reyes y jueces; intimarán leyes: el decálogo y otras nuevas. Entonces se establecerá el quinto reino: incorruptible y eterno.

8. Descripción de la felicidad milenaria.

Esta felicidad se deduce de los medios propios de aquellos tiempos para conservar la fe y la justicia en toda la tierra, que son seis:

1. La presencia de Cristo (invisible) en la tierra, como sacerdote, rey y juez, y los santos como jueces.
2. Se aparecerá Cristo y los santos: con visión imaginaria, como en los místicos, y con visión corporal en su propia persona.
3. Ausencia del Dragón, atado y encarcelado por mil años.
4. No habrá seudoprofetías.
5. Justicia y paz universal.
6. Uniformidad en un idioma o lengua ("labio electo", dice Sofonías: la que se habló de Adán a Noé, o de Noé a Babel).

Otro medio muy importante es la confluencia de todo el orbe a un centro común, o peregrinación a la Jerusalén viadora²⁹. Describe el viaje con los datos de la Biblia: no será obligatoria para todos, sino para los pueblos por diputados; no habrá comercio y comerán de las ofrendas del templo; viaje fácil, mejor temperamento, sin embarazo ni por tierra ni por mar ni por piratas; caridad en Jerusalén, pues las ollas y calderos santificados por el Señor serán comunes a todos los forasteros. Lacunza enumera sólo éstas, porque se hallan en la Biblia. Señala siete cosas dignas de recuerdo: 1. Verán los peregrinos alguna vez, al menos, a Jesús de modo llano y familiar como los apóstoles, cuando resucitó o en gloria como en el Tabor. 2. Verán y experimentarán la santidad de Jerusalén. 3. Entrarán en el templo. 4. Gozarán de un gran convite en Jerusalén o sus alrededores (Isaías 25, 6). 5. No es inverosímil que vean por de fuera la ciudad bajada del cielo, y si está nublado el resplandor de su gloria. 6. Antes de volver deberán ir al valle de Tofet, ver las cárceles; bajar al infierno y ver las cárceles donde estarán los delincuentes insignes resucitados para oprobio. 7. Con todo lo visto volverán los peregrinos a sus países, "erutando" efectos saludables.

²⁹ Viadora es la creatura racional que está en esta vida y aspira y camina a la eternidad.

Termina el tema octavo con la parábola del pequeño rabino para justificar lo poco que sabe sobre estas cosas. Es el pequeño rabino un personaje azorinesco, diminuto, sabio e ignorante, que revela los conflictos que ofrece a Lacunza su nuevo sistema, que explica sin poderlo agotar.

9. Lo que pasará al fin de los mil años.

Será la penúltima época del globo terráqueo. Vendrá la soltura del Dragón y sus efectos. Aquí nos abandonan todos los profetas y sólo San Juan sigue hasta el fin el hilo de esta historia del misterio de Dios. Juan no da la causa de la soltura del Dragón. Lacunza cree verla en Zacarías (14, 16-18): será la tibieza y flojedad en ir a Jerusalén. Dios castiga primero suavemente y al fin usa el último rigor por poco tiempo, porque crecen el mal y el pecado. Nada de extrañío tiene en hombres viadores (mortales) que, después de mil, 100 mil o un millón de años, se pongan malos. Y el Dragón va cercando los reales de los santos y de la ciudad amada (Apoc. 20). Aunque es oscuro el anuncio, no se puede negar en gentes seducidas por el Dragón. Es natural que después de tantos años se entibie la caridad. Estando así se suelta el Dragón y trata de seducirlos a todos. Seducidos, Dios envía fuego del cielo y los traga a todos, y el diablo engañoso es metido en el estanque de fuego.

El Apocalipsis habla claro del fin de los vivientes y de la resurrección y juicio universal (20, 7 ss.). Se ignora el modo y las circunstancias, porque el capítulo 25 de San Mateo es parábola, y no hay revelación especial sobre el asunto.

10. Estado del Universo después del juicio final.

Resume en varias preguntas el tema: ¿Qué sucederá después? ¿En qué estado quedará el orbe? ¿Dónde irán los justos a gozar? ¿Será en un lugar determinado? ¿Cuál es la idea clara de la felicidad eterna de los que se salvarán? No de la sustancial que es inexplicable, sino de la accidental: en alma y cuerpo, racional y sensible.

Sobre el estado en que quedará el orbe algunos piensan, con San Pedro, que con el fuego quedará cristalizado y diáfano y transparente hasta cierta distancia de la superficie: hasta el limbo de los párvulos sin bautismo, pero no hasta el limbo o infierno de los condenados. En buena física lo considera imposible, aunque deja la respuesta a la "buena crítica" del lector. Otros creen que volverá a la nada o al caos, y después del examen de los textos bíblicos llega a la conclusión de que no habrá jamás tal aniquilación, sino una grande y bien notable

mudanza de mal en bien, o de bien en mejor, en todo lo que toca a nuestro globo.

Concluido el juicio, los justos irán a la vida eterna, o sea al cielo. Lacunza no lo admite: ni cielo, ni paraíso celestial, ni cielo empíreo, ni sólido, ni ígneo. La Biblia dice que el cielo es morada de Dios. Lacunza se niega a admitir un lugar físico determinado. Después de explicar y contradecir, concluye que la Biblia se acomoda al modo del pensar del pueblo, como San Pablo con los corintios o los atenienses. La dificultad viene de la humanidad de Cristo, que tiene cuerpo, y ¿en qué lugar? Admite que todo está donde Cristo, y Cristo donde quiere, y ese lugar no lo sabemos. Pero se niega a encerrar al Hijo del Hombre en un lugar. ¿Para qué? Y ve la solución en San Pablo (Efesios 4, 10): "El que descendió, ese mismo es, el que subió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas". Si no hay lugar alguno determinado en todo el universo donde se deba manifestar a todos los ángeles y santos la gloria de Dios, deberá ser todo el universo mundo, o sea, indeterminadamente, todo lugar.

11. La felicidad eterna de los justos.

Después de declarar que no hay lugar determinado en todo el universo para manifestar a santos y ángeles la gloria de Dios, sigue por pasos a Cristo. Heredero de todo (Hebreos 1, 2), llegará día en que todo lo creado se sujete perfectamente al Hombre Dios (1 Cor. 15, 28). Todos los hijos adoptivos de Dios, como hermanos de Cristo, serán también herederos de Dios y coherederos con Cristo. Y finalmente llega a su caso particular: "Si yo v.g. entro en la vida como lo espero..." y termina la felicidad eterna de los santos, pasando a lo particular, principalmente sobre la gloria que llamamos accidental, que se reduce a una lección de astronomía en una noche serena. En ella mezcla sus conocimientos siderales con algunas ideas de su tiempo: pluralidad de los mundos habitados, que no admite, o ciertas ideas racionalistas sobre la otra vida, basadas en conocimientos puramente naturales, que no lo seducen. El reino de los cielos lo sitúa en todo el universo y la corte celestial en nuestro mundo, pero renovado.

Termina confesando que no podemos formarnos un concepto de la felicidad sustancial del cielo, y ni aun de la accidental, pero cree que con lo expuesto tenemos razón suficiente para despreciar todo lo transitorio.

CONCLUSIÓN

Hemos llamado "temblor apocalíptico" este resumen de la doctrina de Lacunza, porque su argumento sobre la venida del Mesías en gloria y majestad y el reino milenarío está tomado especialmente del Apocalipsis, completado con todas las profecías de la Sagrada Escritura. Lo dividimos en tres partes. En la primera se estudia la hipótesis, que consiste en el tiempo intermedio entre la segunda venida del Mesías y el juicio final; hipótesis que da por probada en la primera parte y de ahí su nombre. La segunda parte está formada por las pruebas, a las que por su falta de claridad califica de nebulosas, de ahí procede su designación: las nubes. La tercera parte, un tanto conjetural y basada en las Escrituras y en las ciencias, estudia el modo y las circunstancias del reino, con énfasis final en la felicidad accidental de los santos, y por referirse especialmente al reino, lleva su nombre. Y en todo hemos procurado explicar fielmente la doctrina de Lacunza.